

“Ahí tienes a tu Madre” (Jn. 19,25-27)

Meditación:

En la cruz, cuando Cristo sufría en su carne el dramático encuentro entre el pecado del mundo y la misericordia divina, pudo ver a sus pies la consoladora presencia de la Madre y del amigo. Estas palabras de Jesús al borde de la muerte no expresan primeramente una preocupación piadosa hacia su madre, sino que son más bien una fórmula de revelación que manifiesta el misterio de una especial misión salvífica. Jesús nos dejaba a su madre como madre nuestra. Al pie de la cruz, en la hora suprema de la nueva creación, Cristo nos lleva a María. Él nos lleva a ella, porque no quiere que caminemos sin una madre, y el pueblo lee en esa imagen materna todos los misterios del Evangelio. (Papa Francisco. EG 285)

Reflexión:

María es la misionera que se acerca a nosotros para acompañarnos por la vida, abriendo los corazones a la fe con su cariño materno. Como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios.

A la Madre del Evangelio viviente le pedimos que interceda para que esta invitación a una nueva etapa evangelizadora sea acogida por toda la comunidad eclesial. Nosotros hoy fijamos en ella la mirada, para que nos ayude a anunciar a todos el mensaje de salvación, y para que los nuevos discípulos se conviertan en agentes evangelizadores. En esta peregrinación evangelizadora no faltan las etapas de aridez, ocultamiento, y hasta cierta fatiga, como la que vivió María en los años de Nazaret, mientras Jesús crecía.

Hay un estilo mariano en la actividad evangelizadora de la Iglesia. Porque cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes. Mirándola descubrimos que la misma que alababa a Dios porque «derribó de su trono a los poderosos» y «despidió vacíos a los ricos» es la que pone calidez de hogar en nuestra búsqueda de justicia. Esta dinámica de justicia y ternura, de contemplar y caminar hacia los demás, es lo que hace de ella un modelo eclesial para la evangelización. Le rogamos que con su oración maternal nos ayude para que la Iglesia llegue a ser una casa para muchos, una madre para todos los pueblos, y haga posible el nacimiento de un mundo nuevo. Es el Resucitado quien nos dice, con una potencia que nos llena de inmensa confianza y de firmísima esperanza: «*Yo hago nuevas todas las cosas*». (EG 286-288) **Con María avanzamos confiados hacia esta promesa, y le decimos:**

- ❖ Virgen y Madre María, tú que, movida por el Espíritu, acogiste al Verbo de la vida en la profundidad de tu humilde fe, totalmente entregada al Eterno, ayúdanos a decir nuestro «sí» ante la urgencia, más imperiosa que nunca, de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús.

- ❖ Tú, llena de la presencia de Cristo, llevaste la alegría a Juan el Bautista, haciéndolo exultar en el seno de su madre. Tú, estremecida de gozo, cantaste las maravillas del Señor. Tú, que estuviste plantada ante la cruz con una fe inquebrantable y recibiste el alegre consuelo de la resurrección, recogiste a los discípulos en la espera del Espíritu para que naciera la Iglesia evangelizadora.
- ❖ Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados para llevar a todos el Evangelio de la vida que vence a la muerte. Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos para que llegue a todos el don de la belleza que no se apaga.
- ❖ Tú, Virgen de la escucha y la contemplación, madre del amor, esposa de las bodas eternas, intercede por la Iglesia, de la cual eres el icono purísimo, para que ella nunca se encierre ni se detenga en su pasión por instaurar el Reino.
- ❖ Estrella de la nueva evangelización, ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión, del servicio, de la fe ardiente y generosa, de la justicia y el amor a los pobres, para que la alegría del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra y ninguna periferia se prive de su luz.
- ❖ Madre del Evangelio viviente, manantial de alegría para los pequeños, ruega por nosotros. Amén. Aleluya.

Canto: “Ahí tienes a tu Madre” (Glenda, “Orar con María”)

[Ahí tienes a tu madre – Hna. Glenda](#)

Si se acaba el vino en tu vida hoy, ahí tienes a tu Madre. Si sólo hay tinajas pero no hay amor, ahí tienes a tu Madre. Si estás buscando acercarte a Dios, ahí tienes a tu Madre.

Si no sabes cómo hacer una oración, ahí tienes a tu Madre. Si la cruz te pesa para caminar, ahí tienes a tu Madre. Si no hay pentecostés en tu corazón, ahí tienes a tu Madre.

Si estás padeciendo una enfermedad, ahí tienes a tu Madre. Si estás pidiendo fuerte a la hora del dolor, ahí tienes a tu Madre. Si te encuentras sumido en desesperación, ahí tienes a tu Madre.

“Hemos hecho lo que teníamos que hacer” (Lc. 17,5-10)

Meditación:

Jesús nos invita a ser humildes y pone el ejemplo de un siervo que ha trabajado en el campo. Cuando regresa a casa, el patrón le pide que trabaje más. Según la mentalidad del tiempo de Jesús, el patrón tenía pleno derecho a hacerlo. El siervo debía al patrón una disponibilidad completa, y el patrón no se sentía obligado hacia él por haber cumplido las órdenes recibidas. Jesús nos hace tomar conciencia de que, frente a Dios, nos encontramos en una situación semejante: somos siervos de Dios; no somos acreedores frente a él, sino que somos siempre deudores, porque a él le debemos todo, porque todo es un don suyo. Aceptar y hacer su voluntad es la actitud que debemos tener cada día, en cada momento de nuestra vida. Ante Dios no debemos presentarnos nunca como quien cree haber prestado un servicio y por ello merece una gran recompensa. Esta es una falsa concepción que puede nacer en todos, incluso en las personas que trabajan mucho al servicio del Señor, en la Iglesia. En cambio, debemos ser conscientes de que, en realidad, no hacemos nunca bastante por Dios. Debemos decir, como nos sugiere Jesús: *“Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos que hacer”*. Esta es una actitud de humildad que nos pone verdaderamente en nuestro sitio y permite al Señor ser muy generoso con nosotros». (Benedicto XVI)

Reflexión:

Los hombres tendemos a convertir en "heroico" las cosas más ordinarias de nuestro deber. Nos llegamos a considerar "héroes" por llegar puntuales al trabajo o por respetar las señales de tráfico. Los niños creen que se merecen un premio por cumplir con sus deberes escolares... Sólo estamos haciendo lo que debíamos hacer.

También como cristianos se nos presenta esta tentación. Aunque nunca lo expresamos así, llegamos a creer que nosotros le hacemos un favor a Dios cuando rezamos, participamos en la Misa dominical, o cuando cumplimos los Mandamientos. Cristo nos ofrece este mensaje para prevenirnos de esta actitud, con la que nos olvidamos de que Él nos ha dado infinitamente más de lo que nosotros podemos ofrecerle.

Pero Dios no es un amo déspota y desconsiderado. No pensemos que al final de nuestra vida, después de haber trabajado y luchado sinceramente por Dios, seremos recibidos en el cielo con un seco y frío: "Sólo has hecho lo que tenías que hacer". Eso lo tenemos que decir nosotros, pero no lo dirá Él. Sus palabras las conocemos: dirá a quienes hayan vivido su mensaje: *"Vengan, benditos de mi Padre..."*. Y nos sentaremos con Cristo a gozar del banquete eterno.

Canto: “Tu Amor y el mío” (Misioneros del Espíritu Santo. Vol.13. “Intimidades y presencias”)

Repaso mi vida, mi historia contigo, me asombra que me ames, que seas mi amigo, qué malos negocios has hecho conmigo, la historia de amores, pero ¡qué distintos! A veces

te quiero y a veces te dejo, un tiempo te busco y un tiempo te temo, a ratos te adoro y a ratos te niego, me abro en momentos y luego me cierro.

Con toda mi alma te digo "te quiero" y luego en los hechos fatal me desmiento, me ahorro y me entrego, te huyo y te anhele, te tomo la mano y luego me suelto. Despierto y mi día contigo empiezo, hacia ti dirijo el primer pensamiento, y avanzando el día me falta el empeño, y en mil bagatelas me pierdo y me enredo.

Hoy quiero decirte, Jesús: ¡muchas gracias! por tanta paciencia, por tanta confianza. Parece insensato: de mí no te cansas; me animas, me insistes, me das esperanza. Te cierro la puerta y de nuevo me llamas, tu amor es más terco, más fuerte tu gracia; mi amor es vaivenes, el tuyo no cambia, si una vez te fallo, mil veces me salvas.

Soy una madeja de contradicciones, amores que quedan en buenas razones, amor de altibajos, empiezo y me canso, un día te doy todo y vuelvo a tomarlo. Qué claro me queda: tu amor es aparte, el modo que tienes no puede copiarse, salte con la tuya, gáname el combate y que al fin se rinda mi amor inconstante.

“Ve y haz tú lo mismo” (Lc. 10,25.29-37)

Meditación:

Quizá la elección de ese personaje habría sido más soportable para sus oyentes si, al presentarlo, hubiera hecho un elenco de las cualidades de aquel hombre: «A pesar de que era samaritano, era honrado, recto, justo, prudente, cumplidor de la ley...» nada de eso. Ninguna ponderación de sus virtudes ni de sus valores: lo único que Jesús va a subrayar discretamente en su narración va a ser, curiosamente, *la sensibilidad* de aquel hombre.

En la Biblia, las funciones esenciales del hombre y de la mujer (el pensar, sentir, comunicarse, actuar) se designan por sus órganos corporales (corazón, boca, manos).

En primer lugar, sus ojos: La peculiaridad de la mirada del samaritano fue su «*conexión*» con el corazón: «*lo vio y se conmovió*». Pero no va a quedarse en un puro sentimiento de lástima: ahora su corazón se ha puesto en cuenta: «*se acercó*». Es en ese momento cuando el samaritano comienza a «*hacerse prójimo-prójimo*»; es con esa conducta concreta con la que Jesús responde a la pregunta retorcida y evasiva del fariseo: «¿Quién es mi prójimo?».

Las *manos* del samaritano se han puesto ahora en acción: «le curó las heridas», echando en ellas aceite y vino; y, montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él.

Finalmente, va a ser su *boca*, su palabra, la que se comprometa hasta el final con la suerte del hombre del que se ha hecho, definitivamente, *prójimo*; «al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo «cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva». (Dolores Aleixandre)

Reflexión:

A veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura. Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo, la experiencia de pertenecer a un pueblo.

Hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior. La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo. Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia. (Papa Francisco. E.G. 268 y 270)

Oremos con el prefacio de la misa para enfermos, reviviendo las ocasiones en que hemos sentido a Jesús como el buen Samaritano.

➤ *En verdad es justo, darte gracias y deber nuestro alabarte, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, en todos los momentos y circunstancias de la vida, en la salud y en la enfermedad, en el sufrimiento y en el gozo, por tu siervo, Jesús, nuestro Redentor. Porque él, en su vida terrena, pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal. También hoy, como buen samaritano, se acerca a toda persona que sufre en su cuerpo o en su espíritu, y cura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza. Por este don de tu gracia, incluso cuando nos vemos sumergidos en la noche del dolor, vislumbramos la luz pascual en tu Hijo, muerto y resucitado.*

Canto: “Somos la sal de la tierra” (Misioneros del Espíritu Santo. Vol. 16. “Despierta Pueblo mío”)

Somos la sal de la tierra, la luz para el mundo, un signo del Reino, somos templo vivo de Dios, Pueblo sacerdotal con una misión; somos sacramento de Cristo, queremos que todos puedan disfrutar el abrazo amoroso que Dios quiere dar a toda la humanidad.

Allí donde hay injusticia, odio y violencia, tristeza y rencor, llevaremos la vida de Cristo, su paz y alegría, su salvación; queremos sanar las heridas y dar una mano al que vive en dolor, y en estos tiempos confusos sembrar esperanza, amor y perdón.

Somos el pueblo cristiano, venimos con gozo a anunciar a Jesús, su salvación nos regala, su amor abundante, su fuerza y su paz; una grandiosa noticia queremos a todos gritar y anunciar; hay un Dios padre-madre que ama y que salva a la humanidad.

Seguimos con gozo a Jesús, Salvador de los hombres, que nos enseñó a buscar a los desposeídos y a anunciar a los pobres su liberación; Jesús Sacerdote nos llama a ser instrumentos de su compasión; y a ayudarle a renovar el mundo y hacer más bella su creación.